

DOMINGO VI DE PASCUA (CICLO A)

El Evangelio de hoy nos presenta uno de los momentos más solemnes y hermosos de toda la Escritura. San Mateo nos lleva a un monte de Galilea. Allí reciben la misión definitiva de la Iglesia y escuchan una promesa que atraviesa los siglos: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

Es impresionante que este Evangelio comience con una mezcla de fe y fragilidad. Dice el texto: “Al verlo, lo adoraron; pero algunos dudaron”. Los discípulos ven a Cristo resucitado y, aun así, algunos vacilan. Esto nos muestra algo profundamente humano: la fe no elimina automáticamente todas las dudas y temores. Muchas veces nosotros también creemos y dudamos al mismo tiempo. Hay días de fervor y días de cansancio espiritual; momentos en que sentimos cerca a Dios y otros en que parece silencioso.

Sin embargo, Jesús no rechaza a sus discípulos por su debilidad. No espera a que sean perfectos para confiarles la misión. Los llama tal como son. Y eso también vale para nosotros. Dios no trabaja solo con santos acabados: trabaja con personas frágiles, pero que están dispuestas a dejarse transformar por su gracia.

Jesús les dice: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones”. La misión nace de la autoridad de Cristo resucitado. No anunciamos una idea humana ni una filosofía pasajera. Anunciamos a un Señor vivo, vencedor del pecado y de la muerte.

Y fijaos en algo importante: Jesús no dice simplemente “id y enseñad”, sino “haced discípulos”. Un discípulo es alguien que no solo conoce doctrinas. Es alguien que sigue al Maestro, que aprende a vivir como Él, que se deja transformar toda su existencia.

Hoy existe el peligro de reducir el cristianismo a costumbre, tradición o rito externo. Pero Cristo quiere más. Quiere corazones convertidos. Quiere hombres que vivan con espíritu evangélico en medio del mundo: en la familia, en el trabajo, en la enfermedad, en las dificultades cotidianas.

Además, Jesús dice “id”. El cristiano está llamado a salir, a llevar esperanza, verdad y caridad a los demás. Tal vez pensamos que evangelizar es tarea exclusiva de sacerdotes o misioneros, pero todos tenemos una misión. Se evangeliza muchas veces con cosas sencillas: con paciencia en el sufrimiento; con honestidad en el trabajo; con una palabra de consuelo; con el perdón ofrecido a quien nos ha herido; con el valor de defender la verdad sin agresividad; con una vida coherente. Hay personas que quizá nunca leerán el Evangelio, pero sí leerán nuestra manera de vivir.

Después Jesús manda bautizar: “En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Aquí aparece el misterio central de nuestra fe: la Santísima Trinidad. Hemos sido bautizados no solo en una religión, sino en la vida misma de Dios. El Padre nos crea y nos ama; el Hijo nos salva; el Espíritu Santo nos santifica y nos sostiene. Por eso la vida cristiana nunca puede vivirse en soledad. La Iglesia es una familia espiritual donde caminamos juntos hacia Dios.

Finalmente, Jesús concluye con una promesa inmensa: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Ésta es la esperanza del cristiano. La presencia de Cristo es la fuerza secreta de la Iglesia desde hace veinte siglos. Han pasado persecuciones, crisis y dificultades, pero el Señor nunca abandona a su pueblo.

Que la Virgen María, que acompaña a la Iglesia desde el primer momento, nos enseñe a permanecer siempre unidos a Cristo y a confiar en la promesa de su presencia.